Escándalos navideños



Un Compromiso para Navidad

USA TODAY Bestselling Author

SUZANNA MEDEIROS

UN COMPROMISO PARA NAVIDAD

ESCÁNDALOS NAVIDEÑOS
LIBRO 4

SUZANNA MEDEIROS

ZINIA PRESS

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Epílogo

Gracias
Escándalos navideños
Encantar un Lord
La autora

UN COMPROMISO PARA NAVIDAD

Atrapada en la nieve con el alto, oscuro y taciturno objeto de su fascinación...

Millicent Tyndale solo desea una cosa para Navidad: la promesa de su padre de que tendrá una temporada en Londres en primavera. En su lugar, él le comunica que ya ha arreglado su compromiso matrimonial.

Disgustada y en busca del consuelo de una buena amiga, Millie se dirige a pie a la finca vecina. Cuando se da cuenta de que los copos de nieve que empiezan a caer se han convertido en una tormenta, ya es demasiado tarde para volver atrás.

Helada y al borde del colapso cuando llega a su destino, descubre que su amiga está fuera visitando a unos parientes por Navidad. Y que la única persona que se encuentra actualmente en la residencia es el hermano mayor de su amiga, el enigmático, distante y perturbadoramente atractivo vizconde de Carlisle.

Copyright © 2024 Saozinha Medeiros
Título original: A Betrothal for Christmas © 2024 Saozinha Medeiros

Todos los derechos reservados.

La siguiente es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares y eventos que se mencionan en ella son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier similitud con personas vivas o muertas, negocios, empresas, sucesos o tiendas que existan en la actualidad o hayan existido en el pasado es puramente casual.

CAPÍTULO UNO

Principios de diciembre

MILLIE NO PODÍA DECIDIR si estaba emocionada o preocupada mientras se dirigía por el largo pasillo hacia el despacho de su padre en la parte trasera de la casa.

La última vez que la había convocado para una charla formal fue justo antes del inicio de la temporada social en la primavera pasada. Ella había estado esperando con ansias el viaje a Londres, emocionada por poder salir en sociedad y disfrutar de todos los entretenimientos de los que solo había oído hablar de segunda mano a través de su amiga Sarah.

Como hermana de un vizconde, la familia de Sarah visitaba Londres cada año. Y aunque ella también tenía que perderse muchos de los eventos formales porque era demasiado joven para asistir a un baile, tenía un punto de vista más cercano al torbellino social.

El padre de Millie era el segundo hijo de un barón y, por lo tanto, no tenía la obligación de visitar Londres cuando el Parlamento estaba en sesión. Y como a su padre le desagradaba viajar lejos de casa, nunca habían hecho el viaje.

Pero en lugar de hablarle sobre la inminente temporada, su padre la había llamado a su despacho esa mañana para explicarle que no habría temporada para ella ese año. Pero le había prometido compensárselo el año siguiente.

No pudo evitar recordar esa promesa ahora mientras llegaba a su despacho. La Navidad estaba casi encima, y la noticia de que se dirigirían a Londres en primavera sería el regalo perfecto. Era lo único que quería.

Llegó a tiempo para interceptar a su madre que salía apresuradamente de la habitación.

—Millie —exclamó su madre antes de darle un rápido abrazo—. Estoy tan feliz hoy, y estoy segura de que tú también lo estarás cuando tu padre te dé la noticia.

Su ánimo se elevó ante el buen humor de Mamá.

—¿Vamos a Londres en primavera?

—Millie —la voz profunda de Papá interrumpió su conversación—. Entra y cierra la puerta.

La sonrisa de su madre se ensanchó.

—Ve y habla con tu padre. Él te explicará todo —Mamá se apresuró a marcharse sin decir una palabra más.

El optimismo de su madre había desterrado su persistente temor de que esta sería otra conversación decepcionante sobre Londres. Por fin iba a tener su temporada.

Se apresuró a entrar en el despacho y cerró la puerta tras ella. Cuando se volvió para saludar a su padre, su sonrisa era tan amplia que casi dolía.

Él estaba reclinado en su silla, radiante de satisfacción.

—¿Querías verme, Papá?

Se levantó y se colocó delante del escritorio. Una parte distraída de la mente de Millie se percató de que la superficie estaba cubierta de pequeños montones de papel. Lo notó solo porque su padre normalmente era meticuloso en cuanto a la organización.

Se apoyó contra su escritorio y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Tengo buenas noticias para ti.

Millie juntó las manos en su cintura, pero fue incapaz de esperar a que su padre hablara.

—¿Es cierto? ¿Vamos a Londres en primavera?

Papá se rio entre dientes.

—De eso quería hablarte. No necesitaremos ir a Londres.

Se quedó paralizada. Seguramente había oído mal. ¿Por qué su padre sonreía cuando estaba dando una noticia tan horrible?

—Pero lo prometiste.

—Sí, sí —dijo él, con la sonrisa aún en su lugar—. Prometí que iríamos a Londres para que pudieras encontrar un marido. Pero eso ya no es necesario ahora.

El nudo de nervios en la boca de su estómago regresó con toda su fuerza. Casi tenía miedo de hablar, pero de alguna manera logró formular la pregunta.

—¿Por qué no?

—Porque ya he recibido una oferta de matrimonio en tu nombre.

—¿Que has qué? —Se imaginó que podía sentir cómo el color desaparecía de su rostro. Había leído novelas donde la heroína afirmaba experimentar esa sensación, pero nunca esperó experimentarla en la vida real.

Ese manojo de nervios se había convertido en un pavor que lo consumía todo.

—¿Has aceptado una oferta sin hablar conmigo primero?

Su padre frunció el ceño.

—Cuida tu tono, Millie.

Lo intentó, realmente lo intentó. Su padre odiaba que la gente levantara la voz, y no serviría de nada a su causa hacerlo enojar. Pero en ese momento, estaba demasiado alterada para que le importara.

—¿Me prometiste que podría ir a Londres para mi temporada, y ahora me entero de que has aceptado una oferta sin considerar mis deseos?

Empezó a caminar de un lado a otro. ¿A quién conocían siquiera que le haría una oferta de matrimonio? Una imagen clara entró en su mente de uno de los amigos de su padre que recientemente había perdido a su esposa. En su última visita, lo había oído decirle a su padre que planeaba volver a casarse.

Se giró para enfrentarlo y colocó las manos en sus caderas.

—No puedes hacerme esto.

La sonrisa de Papá había desaparecido, y en su lugar estaba el hombre intimidante que rara vez veía, aunque había oído a otros decir que podía ser intimidante. Nunca había sido objeto de una de sus miradas enojadas. Su mirada azul glacial la atravesó y un escalofrío recorrió su espalda.

—Hablaremos de esto en la cena cuando hayas tenido tiempo de pensar en tu arrebato. No aprecio tus histrionismos, y dudo que tu futuro marido tampoco lo haga.

No había forma de discutir con Papá cuando estaba así. Se dio la vuelta y salió furiosa de la habitación. Dejó la puerta abierta al salir, resistiendo el impulso de cerrarla de golpe tras ella.

Subió corriendo las escaleras hasta su dormitorio y se dejó caer en la cama, con el corazón acelerado. Pero no lloró. No podía.

Esto no estaba pasando. Su padre le había prometido que se le permitiría elegir a su marido. Que no la casaría simplemente con el primer hombre que la pretendiera. Su revelación de que había hecho precisamente eso la dejó atónita.

¿Qué podría haber cambiado? ¿Serían sus finanzas? Nunca había prestado atención a esas cosas, pero sabía que el dinero había sido escaso el año pasado. Por eso habían tenido que quedarse en el campo en lugar de viajar a Londres para su temporada.

Miró fijamente al techo, sus pensamientos y emociones en un caótico torbellino mientras intentaba dar sentido a este impactante giro de los acontecimientos.

Pero sus pensamientos estaban demasiado confusos para pensar con claridad. Si alguien podía ayudarla a desenredar este lío, sería Sarah. Su amiga siempre había sido sensata y lógica. Cuando Millie le explicara lo que había sucedido esa mañana, Sarah idearía un plan para convencer a su padre de que cambiara de opinión.

Respiró hondo varias veces, la determinación hundiéndose en sus huesos, y se levantó de la cama. Se sentó frente a su tocador y abrió el cajón inferior donde guardaba sus materiales para escribir cartas. Sacó una hoja de papel y la colocó en el centro de la pequeña mesa.

Tomó su pluma y un tintero y comenzó a escribir. La finca de Sarah colindaba con la suya y Millie visitaba a su amiga con frecuencia, pero hoy no pediría permiso antes de salir. No podía arriesgarse a que le dijeran que debía quedarse en casa.

Mamá, Papá,
Voy a pasar la tarde con Sarah.
Estaré en casa a tiempo para la cena.
–Millie

Listo, eso debería ser suficiente. Si alguien venía a buscarla, encontraría la nota donde la había dejado en su tocador.

Si la suerte estaba de su lado, podría escabullirse de la casa y regresar antes de que alguien se diera cuenta de que se había ido.

Lanzó una mirada preocupada por la ventana y dudó. Quizás debería reconsiderar su plan actual. El cielo estaba de un gris oscuro y las nubes estaban cargadas. Durante el desayuno, había escuchado a uno de los lacayos decir que esperaba que nevara.

No. Se apartó de la ventana y cruzó hacia su armario. Se vestiría abrigada y llevaría una capa larga. Normalmente el paseo le tomaba tres cuartos de hora, así que estaría bien. Y si por casualidad nevaba, Sarah se encargaría de que el carruaje de su hermano la llevara de vuelta a casa sana y salva.

Bajó sigilosamente por la escalera de servicio, con los sentidos en alerta máxima. En cualquier otro día, a nadie le importaría que Millie planeara visitar a su amiga. Pero no quería arriesgarse a la posibilidad de que su padre hubiera dejado instrucciones de que debía permanecer en casa.

Dejó escapar el aliento que había estado conteniendo cuando se deslizó por una puerta lateral e inhaló profundamente, disfrutando la forma en que el aire fresco llenaba sus pulmones.

Diez minutos después de iniciar su caminata, se dio cuenta de que había sido sabio abrigarse

bien antes de salir. El aire fresco que parecía tan reconfortante cuando salió ahora estaba terriblemente frío. Ignoró la vocecita que le decía que debería dar la vuelta y se ajustó el sombrero para cubrirse las orejas. No le importaba que cualquiera que la viera pensara que era una sirvienta, pues seguramente nadie más se aventuraría a salir a pie con este frío.

Solo una persona desesperada haría eso, y Millie ciertamente lo estaba. Cada fibra de su ser la instaba a continuar con su misión, ya que era evidente que no encontraría ayuda de sus padres.

CAPÍTULO DOS

MILLIE SE DIO cuenta de que había cometido un grave error media hora después de iniciar su caminata.

Cuando cayeron los primeros copos de nieve, dio vueltas de felicidad. Arbustos y árboles bordeaban el camino que llevaba a la finca de los Carlisle, y cuando la nieve comenzó a cubrir sus ramas, quedó maravillada por la belleza silenciosa de la escena. Siempre había disfrutado del invierno, pero hoy era la primera vez que salía a caminar mientras la nieve caía lentamente, cubriendo el mundo con un manto blanco.

Antes de darse cuenta de lo que estaba pasando, esa ligera capa de nieve se hizo más profunda y empezó a encontrar dificultades para caminar. La nieve incluso había logrado colarse en sus prácticas botas de caminar.

Lo único que la mantenía obstinadamente avanzando era saber que había pasado el punto medio hacia la finca vecina hacía cinco minutos. Ahora estaba más cerca de la casa de su amiga que de la suya propia.

Se concentró en poner un pie delante del otro, haciendo lo posible por ignorar el frío que comenzaba a calarle los huesos. Cada paso que daba significaba que estaba un paso más cerca de finalmente volver a estar caliente.

Cuando hizo ese último giro y la finca de los Carlisle apareció a la vista, elevó una pequeña oración de agradecimiento por no haber decidido dar la vuelta. Tal como estaban las cosas, agotó las últimas reservas de su escasa energía para llegar a la puerta principal. Levantar la ornamentada aldaba de hierro fue casi imposible, y cuando cayó contra la placa de metal, se desplomó contra el marco de la puerta.

Un violento escalofrío la recorrió. Solo unos segundos más y volvería a estar caliente.

Cuando se abrió la puerta, nunca había estado tan feliz de ver a un mayordomo. Si no pensara que el hombre mayor la haría internar en Bedlam, se habría arrojado contra él y llorado de alivio.

Su mirada la recorrió, y no tuvo que decir una palabra antes de que la hiciera pasar a la casa. Al final, no necesitó arrojarse sobre el hombre porque él mismo le rodeó la cintura con un brazo. Ella se apoyó en él mientras la ayudaba a entrar en la sala de estar.

Quería disculparse por el desastre que estaba haciendo con sus botas mojadas, y un pequeño rincón de su mente se fijó en el hecho de que debería estar quitándose la capa y el sombrero. Pero al amable mayordomo no parecía importarle. Ella temblaba y sus dientes castañeteantes le impedían darle las gracias.

La acomodó en el sillón orejero más cercano a la chimenea y luego se dispuso a avivar el fuego él mismo.

—G-gracias —logró decir finalmente mientras se acomodaba en el sillón. Podía sentir que la casa estaba cálida, pero ella seguía teniendo frío—. S-siento ser una m-molestia. ¿Está... —Se interrumpió cuando un temblor sacudió su cuerpo—. ¿Está Sarah en c-casa?

En lugar de responder, el hombre fue a un rincón de la habitación y abrió un armario. Cuando regresó, traía una pequeña manta. La ayudó a arroparse con ella y luego se dispuso a salir de la habitación.

Cerró los ojos, el alivio le provocaba mareos. Ahora todo iba a estar bien. Sarah se encargaría de preparar el té y el fuego eventualmente haría su magia. Iba a volver a entrar en calor... eventualmente.

—¿Señorita Tyndale?

Frunció el ceño. Esa voz no pertenecía a Sarah, y no tenía el ligero temblor que normalmente escuchaba en la voz del mayordomo. De hecho, si no supiera mejor...

Sus párpados estaban pesados, y le costó más esfuerzo del que debería abrirlos y girar la cabeza para mirar al hombre que se había dirigido a ella.

El vizconde Carlisle estaba de pie justo dentro de la puerta de la sala. Alto, moreno y taciturno.

Estaba demasiado miserable para preocuparse por su aspecto horrible. El hermano mayor de Sarah nunca le prestaba mucha atención, y justo ahora estaba muy agradecida por ese hecho. Sin duda, solo estaba sorprendido de verla y pronto se daría la vuelta y se marcharía.

—Estoy... estoy aquí para v-visitar a Sarah. Empezó a n-nevar.

Otro violento escalofrío la recorrió, y tuvo el alarmante pensamiento de que nunca volvería a entrar en calor. Seguramente había estado allí el tiempo suficiente como para no seguir teniendo frío.

—Sarah no está aquí. Ella y mi madre fueron a visitar a la familia por Navidad...

Su voz se apagó y comenzó a fruncir el ceño. ¿Por qué este hombre era tan atractivo incluso cuando estaba enojado?

—Lo siento...

Una ola de mareo la atravesó. No deseaba nada más que cerrar los ojos de nuevo, quizás tomar una pequeña siesta aquí en este sillón. Tal vez cuando despertara, finalmente volvería a estar caliente.

El ceño del vizconde se profundizó y parecía acercarse a una velocidad alarmante. Estaba diciendo algo, pero no podía distinguir qué era.

Su último pensamiento antes de que la oscuridad se apoderara de ella fue esperar que él no la considerara descortés por ignorarlo. Se sentiría mortificada si el hermano de Sarah descubriera que había desarrollado un inconveniente afecto por él y se esforzaba por ocultarlo. Pero eso no significaba que quisiera que él pensara que le desagradaba.

CAPÍTULO TRES

MILLIE SE GIRÓ sobre su costado con un gemido. Había tenido el sueño más inquietante en el que tuvo que caminar penosamente a través de una tormenta de nieve inesperada mientras se dirigía a visitar a Sarah.

—Señorita Tyndale, ¿se encuentra bien?

Aún estaba soñando. No había otra razón por la que estaría escuchando la inconfundible voz del hermano de Sarah en este momento. Arrugó los ojos en un intento de seguir dormida. Había tenido sueños similares en el pasado, pero siempre se despertaba tan pronto como se daba cuenta de que estaba soñando.

Cuando nada sucedió, suspiró y abrió los ojos. Se preparó para la decepción y se sorprendió gratamente al encontrar al vizconde Carlisle de pie al pie de su cama.

—Millie —dijo él, cerrando brevemente los ojos. No fruncía el ceño, pero parecía preocupado.

Ella dejó escapar un suave suspiro.

—Estoy soñando.

Y entonces su ceño fruncido regresó, y se dio cuenta de que no estaba durmiendo plácidamente.

—¿Por qué estás en mi alcoba?

—¿Recuerdas lo que pasó? —Él la miraba fijamente, y ella no podía entender por qué. Carlisle usualmente la evitaba.

Ella miró alrededor de la habitación, percatándose de que no estaba en su alcoba. Esta habitación era más grande y mucho más elegante que la suya.

—¿Dónde estoy?

—Estás en una de las habitaciones de invitados...

Ella jadeó cuando miró hacia abajo y se dio cuenta de que no llevaba puesto el práctico vestido de lana que se había puesto antes de salir. La tela de muselina azul le parecía familiar. Si no se equivocaba, era uno de los vestidos de Sarah.

—¿Tú... yo...? —Aclaró su garganta—. ¿Qué llevo puesto?

—Eso fue obra mía, señorita.

Su mirada se dirigió a la esquina de la habitación donde estaba de pie una mujer de aspecto maternal. La reconoció como el ama de llaves.

—Estabas congelada hasta los huesos, Millie, y tu ropa estaba mojada. Le pedí a la señora Dryer que te ayudara a cambiarte a ropa seca para que no te enfermaras.

Respiró hondo mientras su mente lidiaba con el hecho de que no había estado soñando.

Realmente había caminado hasta la casa de su amiga y había sido sorprendida por una tormenta de nieve. Lo que significaba que su razón para salir en primer lugar también era real.

—¿Dónde está Sarah? —No tenía sentido que el vizconde estuviera aquí en lugar de su amiga.

Carlisle se movió hacia el lado de la cama, manteniendo las manos entrelazadas detrás de su espalda. Y seguía frunciendo el ceño.

—Como te estaba diciendo cuando te desmayaste, Sarah se ha ido con mi madre a visitar a la familia para Navidad.

Millie no se desmayaba; su constitución era demasiado robusta para eso. Pero aparentemente su agotamiento había hecho que lo hiciera.

Sintiéndose vulnerable en su posición actual, Millie luchó por sentarse. Carlisle se apresuró a ayudarla, moviendo su fuerte brazo detrás de su espalda mientras su otra mano tomaba la de ella. Su mano *sin guantes*. El calor de su piel contra la suya causó una incómoda conciencia que recorrió su cuerpo.

Y para su completa mortificación, sintió el rubor que ahora calentaba sus mejillas.

Él la ayudó a ponerse de pie y luego dio exactamente dos pasos hacia atrás.

—No voy a desmayarme de nuevo.

Carlisle hizo algo completamente inesperado entonces. Sonrió. Y que el cielo la ayudara, lo hacía aún más apuesto.

—No hay necesidad de avergonzarse. Dado el estado en el que llegaste, es completamente comprensible.

Casi se desplomó de alivio ante sus palabras. Habría sido insoportable si el vizconde se hubiera dado cuenta de que el rubor en sus mejillas era el resultado de su inconveniente atracción hacia él.

—Me disculpo por imponerme de esta manera.

Él la miró fijamente durante varios segundos antes de hablar.

—Me sorprende que te aventuraras tan lejos a pie dado el clima.

Ella se abrazó la cintura y se estremeció, recordando cuán frío había estado.

—Pensé que me había abrigado lo suficiente cuando salí. No habría sido tan malo si la nieve no hubiera comenzado a caer con fuerza. Me ralentizó, así que el viaje tomó mucho más tiempo de lo normal.

—¿No estaba nevando cuando saliste?

Ella negó con la cabeza.

—Y cuando comenzó, no pensé que sería tan malo. No recuerdo la última vez que tuvimos una tormenta de nieve propiamente dicha.

—¿Y no regresaste porque...?

—Para cuando me di cuenta de que no debería haber salido, estaba más cerca de tu propiedad que de la nuestra. No podía soportar la idea de pasar más tiempo del necesario al aire libre.

Él entrelazó sus manos detrás de su espalda nuevamente. Había una cualidad inquisitiva en la forma en que la miraba que la hizo pensar que quería hacerle una pregunta que podría ofenderla. Se apresuró a tranquilizarlo.

—Si pudieras pedir que preparen tu carruaje para que pueda regresar a casa, te estaría muy agradecida.

—Me temo que eso no será posible.

Ella trató de ignorar la forma en que su negativa la hizo sentir como si estuviera imponiendo.

—Si hace más calor ahora, supongo que podría hacer el viaje de regreso a pie...

—Me temo que no habrá salidas durante unos días. La nieve es demasiado profunda.

—Estás bromeando. —Corrió hacia la ventana del dormitorio, pero ya sabía lo que vería.

Desde esta ventana podía ver el camino que había tomado, y sus huellas habían sido engullidas por la nieve que aún caía.

—Seguramente un carruaje...

—Se quedaría atascado.

Se acercó más a la ventana y suspiró cuando su aliento empañó el cristal.

—Es tan bonito. Nunca había visto tanta nieve. —Cubría todo con un manto blanco. Y los árboles y arbustos estaban ahora envueltos en blanco. El sol se había puesto en algún momento mientras ella dormía, prestando un aire de belleza silenciosa a la escena que estaba presenciando.

—Ciertamente lo es.

Se volvió para mirarlo, con una amplia sonrisa. Carlisle, sin embargo, no estaba contemplando la escena exterior, sino a ella.

Debía haberse golpeado la cabeza cuando se desmayó, porque seguramente estaba imaginando la calidez en sus ojos mientras continuaba mirándola.

—¿Necesita algo más, mi lord?

Millie se sonrojó y apartó la mirada. Había olvidado por completo que había otra persona en la habitación. Por supuesto que el vizconde tomaría medidas para no comprometerla, porque Carlisle era ante todo discreto.

Excepto que... La forma en que la había mirado estaba lejos de ser la del hombre distante que había llegado a esperar durante el último año.

—Por supuesto —dijo él—. Me retiraré ahora. La cena será en una hora. Me gustaría mucho que me acompañaras.

Esto no estaba sucediendo. No estaba varada en la casa de Carlisle, a solas con él. Y él no acababa de invitarla a compartir una cena privada con él.

Pero incluso si la hubiera invitado por un sentido de responsabilidad, no le importaba. Aprovecharía esta oportunidad para pasar tiempo con el hombre por quien había desarrollado una atracción inconveniente.

—Sería un honor.

CAPÍTULO CUATRO

CUANDO CASI ERA hora de cenar, Millie no pudo evitar sentir que se estaba aprovechando de la generosidad de Sarah cuando una joven criada entró en su habitación con otro vestido. Habría protestado, pero el vestido de muselina con el que había estado durmiendo estaba arrugado. Carlisle simplemente estaba siendo cortés al invitarla a acompañarlo, pero eso no significaba que quisiera presentarse con un aspecto desaliñado. Ya era bastante malo que él la hubiera visto en su peor momento cuando llegó.

Vestida ahora con un vestido azul claro que complementaba su piel clara y su cabello oscuro, se dirigió al comedor, pero dudó antes de entrar en la habitación. Los nervios se agitaban en su vientre. Había estado en esta casa muchas veces, pero nunca había cenado aquí. Normalmente, cuando visitaba, Sarah se encargaba de que trajeran té y refrigerios a cualquier habitación en la que se encontraran. La biblioteca era la habitación favorita de Millie en la casa, pero Sarah disfrutaba pasando tiempo en la sala de música, donde fingían estar entreteniendo a una sala llena de posibles pretendientes.

Sarah era un año menor que ella y tendría la oportunidad de hacer precisamente eso en la primavera. Mientras que Millie estaría casada con alguien... Sacudió la cabeza con firmeza. No, se negaba a pensar en sus deprimentes perspectivas. Esta noche cenaría con Carlisle, y estaba decidida a disfrutarlo.

Se inclinó hacia adelante y echó un vistazo al comedor. Era una habitación pequeña, sin duda donde la familia comía sus comidas. Se preguntó cuán grande sería el comedor formal y cuántos invitados podría albergar.

—Señorita Tyndale —la voz profunda de Carlisle interrumpió sus reflexiones.

Se giró y lo encontró apoyado contra la pared a varios metros de distancia, observándola atentamente. Si no se equivocaba, parecía divertido.

Juntó las manos frente a ella y trató con todas sus fuerzas de no pensar en lo atractivo que se veía con su abrigo oscuro. Su chaleco era gris, un color que combinaba con sus ojos.

—La criada me dijo que debía ir directamente a cenar, pero no estaba segura de que eso fuera cortés.

Él se apartó de la pared y se acercó para unirse a ella. Con cada paso, a Millie le resultaba cada vez más difícil evitar sonrojarse, pero de alguna manera encontró la fuerza para no apartar la mirada. No tenía idea si Carlisle sabía que ella había desarrollado un tendre por él. Ahora que estaba atrapada en su casa, aprovechando su hospitalidad, estaba decidida a no hacer la situación más incómoda de lo que ya era.

Cuando él llegó a su lado y le ofreció su brazo, ella tuvo que tomar un profundo respiro antes

de colocar su mano en su codo. Ese respiro se quedó atrapado cuando él cubrió su mano con la suya y acercó su codo a su cuerpo. Lo que significaba que ella estaba muy cerca de él y podía ver claramente las motas plateadas en sus ojos mientras la miraba fijamente.

—No somos formales aquí cuando no estamos recibiendo invitados.

Incapaz de hablar, le permitió guiarla hacia la habitación. No deseaba nada más que cerrar los pocos centímetros que separaban sus cuerpos y apoyarse contra él.

Distraída por sus pensamientos rebeldes, lo siguió. Pero en lugar de esperar a que un lacayo sujetara su silla, él mismo realizó la tarea.

La intimidad del gesto la dejó más que un poco alterada. Sonrió agradecida y se dijo a sí misma que estaba imaginando cosas. La expresión indescifrable en el rostro de Carlisle no era porque desesperadamente quisiera hacerle una pregunta importante pero había decidido contenerse.

No se dio cuenta de que se había lamido los labios hasta que la mirada de él se dirigió a su boca. Una sensación de vértigo se instaló en lo profundo de su vientre.

Con un pequeño movimiento de cabeza, Carlisle se enderezó y se movió para tomar asiento frente a ella.

Un pesado silencio se había instalado en la habitación, y Millie necesitaba aliviar la tensión. —No recibes invitados a menudo. Al menos, no desde que tengo edad suficiente para asistir a una fiesta.

Había una suavidad en su sonrisa que parecía esconder un mundo de secretos. —Espero que eso cambie pronto.

—Oh, eso será encantador —pero no bien las palabras habían salido de su boca cuando se dio cuenta de que probablemente no podría disfrutar de esos entretenimientos. Aún no tenía la mayoría de edad. Si no podía cambiar la opinión de su padre, era posible que ya no viviera cerca. La próxima Navidad podría estar viviendo en cualquier lugar.

Y entonces se le ocurrió otro pensamiento horrible. ¿Estaba Carlisle sugiriendo que planeaba casarse pronto? Eso podría explicar por qué esperaba recibir más invitados. Ni él ni su madre disfrutaban organizando fiestas en casa, pero tal vez tenía la intención de casarse con alguien a quien sí le gustaran.

El pensamiento fue suficiente para hacerla querer llorar.

—¿Sucede algo?

La voz de Carlisle la distrajo del futuro infeliz que había estado imaginando. Intentó suavizar sus facciones, pero su intento de sonrisa probablemente parecía más una mueca.

Podría ser mejor casarse y mudarse lejos porque no creía poder soportar ver a Carlisle casado con nadie. Sentada frente a él ahora, en el comedor que algún día compartiría con su futura esposa, la hizo pensar que tal vez sus sentimientos por este hombre iban más allá de una simple infatuación.

Era incapaz de inventar una conversación ingeniosa, así que compartió la verdad. No era como si él no fuera a enterarse pronto de su compromiso.

—Solo estaba pensando en una conversación que tuve con mi padre antes de partir.

Él se quedó inmóvil, con una extraña expresión en su rostro. Ella lo vio dejar la cuchara con exagerado cuidado antes de limpiarse las comisuras de la boca con una servilleta. Ahora tenía toda su atención.

—¿Una conversación desagradable?

De alguna manera logró no resoplar. —Se podría decir eso.

Sus cejas se fruncieron como si su declaración lo hubiera molestado. Debía estar

imaginándolo. Tal vez aún estaba preocupado por su salud. —Ha arreglado un compromiso en contra de mis deseos.

Esta vez estaba claro que estaba molesto en su nombre. —Debo decir que estoy confundido. Por favor, cuéntame exactamente qué sucedió.

Suspiró con frustración. —Papá prometió que tendría una temporada el año que viene. No sé si lo sabes, pero Sarah es un año menor que yo. Se suponía que debutaría el año pasado, pero las circunstancias dictaron que nos quedáramos en el campo. Pero se suponía que tendría una temporada.

—¿Y ahora no puedes?

Millie apartó su plato de sopa a medio terminar y se cruzó de brazos. Si papá estuviera aquí, la reprendería por comportarse como una niña, pero ¿qué importaba ahora? Pronto se casaría con otra persona, al igual que Carlisle. Probablemente se olvidaría de toda esta conversación. En realidad, era un milagro que se hubiera rebajado a cenar con ella.

—Me dijo que había arreglado un compromiso con alguien a quien ni siquiera conozco.

Sus ojos se agrandaron. —Seguramente no.

—Por eso salí hoy. Quería hablar con Sarah para ver si podía aconsejarme sobre cómo cambiar la opinión de mi padre.

Carlisle tenía la cabeza inclinada hacia un lado, y parecía como si estuviera tratando de ver dentro de su mente. —¿Qué dijo exactamente tu padre? Sus palabras precisas.

Millie había estado tratando de *no* pensar en esa conversación. Había estado tan obsesionada en encontrar una forma de escapar de su predicamento actual que no se había detenido a reconsiderar lo que exactamente había dicho su padre.

Cerró los ojos mientras intentaba reproducir esa escena ahora. Había estado feliz, extasiada por recibir la noticia de que se dirigían a Londres en primavera. Le había preguntado si era cierto, pero él había dicho que no sería necesario.

Porque había recibido una propuesta de matrimonio.

En realidad, no había dicho que hubiera aceptado esa oferta. Pero seguramente habría sabido que ella no querría casarse con su amigo. Tal vez la oferta no había venido de él sino de alguien que pensaba que ella aceptaría gustosamente.

Sus ojos se abrieron de golpe y miró fijamente a Carlisle. Este era el único hombre que conocía actualmente con quien se casaría felizmente.

Sacudió ligeramente la cabeza. No, estaba dejando que su imaginación la dominara. Carlisle no quería casarse con ella. Cada vez que ella visitaba, él hacía todo lo posible por evitarla. Seguramente ese no era el comportamiento de un hombre que quisiera casarse con ella.

—¿Millie?

Dejó escapar un suave suspiro. —Dijo que había recibido una propuesta de matrimonio. Inmediatamente salté a la conclusión de que había aceptado esa oferta; realmente, nadie me culparía por mi suposición. Había dicho que no íbamos a Londres en primavera porque no había necesidad. Lo que interpreté como que había aceptado la oferta.

Su mirada era intensa, y ella se estremeció bajo su escrutinio. —¿Qué pasó después?

Tuvo que apartar la mirada cuando se dio cuenta de que había actuado precipitadamente. Debería haberse calmado y luego haber hablado de nuevo con su padre. Haber averiguado exactamente qué había sucedido.

—Papá me dijo que discutiríamos esto más a fondo cuando no me sintiera tan alterada.

—¿Te dijo quién?

Había un tono extraño en su voz, pero debía ser porque tenía curiosidad.

—No. Me fui antes de volver a hablar con él y... —Suspiró y se hundió en su silla—. Bueno, ya sabes lo que pasó después.

—¿Así que no sabes quién hizo la oferta?

Millie negó con la cabeza. —No, y no estoy segura de querer saberlo. Me temo que podría ser uno de los amigos de padre. El señor Williams ha estado hablando de encontrar otra esposa. —Ni siquiera intentó contener su estremecimiento de disgusto ante la idea.

Carlisle sonrió.

—Me alegro de ver que mi situación te resulta tan divertida.

—Millie —dijo, y la forma en que su nombre sonaba en sus labios le provocó un pequeño escalofrío. ¿Cuándo había empezado a llamarla por su nombre de pila? Siempre se había referido a ella como señorita Tyndale antes de hoy—. Entonces, para que quede claro, ¿tu padre no dijo realmente que aceptara el compromiso en tu nombre?

Ella frunció el ceño. —No. Pero quién sabe qué pasará conmigo fuera de casa.

Carlisle logró parecer divertido sin sonreír. —Si los caminos son intransitables para nosotros, tu vecino más cercano, entonces estoy seguro de que son intransitables para otros.

Millie puso los codos sobre la mesa y hundió el rostro entre las manos. —Creo que empeoré todo. Me enojé y me alteré tanto. Debería haberlo dejado terminar de hablar antes de asumir lo peor.

—Te sorprendiste —dijo Carlisle, con voz suave—. Estoy seguro de que tu padre te lo habría explicado todo a su debido tiempo.

—Pero huí para ver a Sarah, y ahora estoy atrapada aquí.

Él arqueó una ceja. —¿Atrapada?

Millie se rio. —Sí, atrapada. No es que me importe, pero estoy segura de que tú estás horrorizado.

Sus ojos brillaban de diversión. —Estoy lejos de estar horrorizado.

Su corazón dio un pequeño vuelco. —Yo tampoco. Es una lástima que Sarah no esté aquí. Entonces no te verías obligado a entretenerme.

Él negó con la cabeza. —No es ninguna molestia, Millie. Disfruto de tu compañía.

La sorpresa la hizo soltar: —Pero odias pasar tiempo con nosotras.

—Odiar es una palabra muy fuerte. Me he mantenido alejado porque sabía que cada vez que visitabas, estabas aquí para ver a mi hermana.

—No me habría importado tu compañía.

—Bueno, eso es algo bueno porque probablemente estarás aquí por unos días.

Millie sonrió a modo de respuesta y reanudó su comida.

Su conversación había contribuido en gran medida a aliviar los peores temores de Millie. Y si era completamente honesta, no tenía fuerzas para estar molesta por cómo habían resultado las cosas. Sí, estar en compañía tan cercana del hermano de Sarah amenazaba su tranquilidad mental, pero tal vez podría fingir que él era quien la estaba cortejando. No podía negar que no parecía molesto por su presencia.

Pero tenía curiosidad por saber por qué Carlisle estaba aquí cuando su madre y su hermana se habían ido a pasar la Navidad en otro lugar. —¿Por qué te quedaste en Somerset en lugar de irte con tu familia?

Terminó su sopa e hizo un gesto al lacayo para que retirara sus platos. —Tenía asuntos que atender aquí.

—Pero es casi Navidad.

—Exactamente —dijo él—. Decidí que ya era hora de ocuparme de este asunto. Lo he

ignorado durante demasiado tiempo y no podía permitir que continuara así.

Millie quería pedir más detalles. Era su peor defecto, lo sabía: su curiosidad. Pero al final, realmente no era asunto suyo.

—¿Cuánto tiempo crees que tendré que quedarme aquí?

—Al menos un día, pero probablemente dos. Depende de cuándo deje de nevar. Ha disminuido, pero seguía cayendo antes de la cena. Fui a los establos y hablé con el jefe de los mozos. Confirmó que no sería seguro sacar el carruaje.

Millie dejó escapar un suspiro. —Menos mal que dejé una nota a mis padres para avisarles de que tenía la intención de visitar a Sarah. Espero que no sepan que ella no está aquí. Podrían molestarse si pensaran que estoy sola aquí contigo. Lo cual es ridículo, pero imagino que sabes lo sobreprotectores que pueden ser los padres con sus hijas.

Carlisle negó con la cabeza, pero una comisura de su boca se curvó con diversión mientras observaba al lacayo traer el plato principal. Ella no tenía idea de por qué le había resultado tan divertida su declaración, pero realmente no conocía a Carlisle tan bien. Quizás eso cambiaría en los próximos días.

Un escalofrío de anticipación la recorrió ante ese pensamiento.

CAPÍTULO CINCO

MILLIE NO ESPERABA QUEDARSE dormida esa noche. Su cena privada con Carlisle había sido una sorpresa inesperada, y los pensamientos sobre él llenaban su mente mientras regresaba a su habitación. La forma en que la había mirado directamente en lugar de evitarla, cómo había escuchado todo lo que decía como si su conversación lo fascinara.

Le recordaba al hombre que una vez fue. No estaba segura de cuándo había cambiado, o por qué, pero estaba encantada de no haber sido la razón por la que se había vuelto tan distante durante el último año. Había temido que se hubiera dado cuenta de que ella lo quería más de lo que debería y que hubiera decidido que evitarla era la mejor manera de disuadir su enamoramiento.

Pero su arduo viaje a través de la nieve había tenido un efecto persistente en su cuerpo, y tan pronto como se cambió a su ropa de dormir y se acurrucó bajo las mantas, el sueño la reclamó rápidamente.

Se despertó a la mañana siguiente sintiéndose renovada y mucho más como ella misma.

Se sentó en la cama y estaba a punto de alcanzar el cordón de la campana que colgaba junto al cabecero cuando la puerta del dormitorio comenzó a abrirse. Por un momento que le detuvo el corazón, esperaba ver a Carlisle, pero por supuesto era la doncella. Carlisle solo había estado en su dormitorio ayer porque estaba preocupado por su bienestar, y se había asegurado de que estuvieran debidamente acompañados. No tenía razón para entrar en su alcoba esa mañana.

La doncella hizo una leve reverencia. —¿Cómo se encuentra esta mañana, señorita?

Sonrió a la joven. —Me siento mucho mejor, gracias. Y debo admitir que estoy hambrienta esta mañana. Me temo que no comí mucho anoche.

—Me alegra oír eso. Su Señoría estaba preocupado por usted. Quería que supiera que el desayuno podía esperar hasta que se sintiera lista. Saldré un momento para decirle al lacayo que está lista para desayunar ahora.

Se apresuró a salir de la habitación, y Millie aprovechó la oportunidad para mirar afuera. Había dejado de nevar, gracias a Dios, y el sol brillaba, haciendo que la nieve resplandeciera. Era hermoso, y una parte perversa de ella quería salir a jugar en ella. No por mucho tiempo, por supuesto, pero seguramente unos minutos no harían daño.

La doncella regresó un minuto después y la ayudó a vestirse para el día. Esperaba que a Sarah no le importara que estuviera usando sus vestidos.

Agradeció a la joven y se dirigió al pequeño comedor. Esta vez no se sorprendió al ver a Carlisle esperándola en el pasillo.

Estaba imaginando cosas. Su rápida mirada a su figura no era porque estuviera admirando

cómo se veía. Probablemente estaba notando que este era el vestido de Sarah. Pensando que era bueno que Millie y su hermana fueran similares en altura y tamaño.

Lo saludó, pero hoy, en lugar de esperar a que él la escoltara, lo precedió en la habitación. Sus nervios no podrían soportar estar tan cerca de él otra vez. Sin duda se sentiría aliviado ya que indicaría que ella no estaba interesada románticamente en él. O al menos eso esperaba.

Se dirigió directamente al aparador y comenzó a llenar su plato con huevos y carne. Carlisle no comentó nada mientras se paraba junto a ella, esperando su turno.

—Vi que dejó de nevar —dijo mientras llevaba su plato a la mesa y esperaba a que él se uniera.

—Así es, gracias a Dios. —Carlisle se sentó en la silla directamente frente a ella y lanzó una mirada significativa al pequeño montón de comida en su plato.

Ella se encogió de hombros, negándose a sentirse avergonzada. —No comí mucho anoche. Creo que mi cuerpo está bastante enojado conmigo esta mañana.

Su expresión era suave. —Es de esperar. Pero me alegro de que no parezcas estar sufriendo efectos adversos por la prueba de ayer.

Su preocupación la conmovió, y comenzó a desayunar. Su imaginación le estaba jugando una mala pasada, viendo cariño donde no existía.

—Espero que mis padres no estén demasiado preocupados —dijo.

Él inclinó la cabeza hacia un lado y la observó cuidadosamente. —No temas por eso. Visité los establos esta mañana y discutí el asunto con el jefe de caballerizos. Me asegura que un mozo puede entregar una nota a tus padres.

—¿Es seguro para un caballo cabalgar a través de la nieve? Parece bastante profunda.

Él asintió. —No lo aconsejaría si la nieve estuviera húmeda, lo que la haría demasiado pesada para que un caballo la maneje. Tensaría sus músculos. Pero aunque la nieve es profunda, está seca.

—¿Así que es más ligera?

Él sonrió. —Sí.

Ella dejó escapar un suave suspiro. —Quizás yo también debería regresar a caballo. Tu mozo puede acompañarme para asegurarse de que esté a salvo.

—No.

Su respuesta fue rápida, y estaba frunciendo el ceño de nuevo. Ella no podía entender por qué estaría enojado con ella.

—Dijiste que era seguro.

Su mirada la atravesó. —Lo es siempre que seas una jinete hábil.

Ella hizo una mueca. —Soy pasable en el mejor de los casos.

Él exhaló suavemente y pareció aliviado por su respuesta. —Entonces sería mejor que esperaras hasta que sea seguro tomar el carruaje.

Era dulce, realmente, que Carlisle pareciera tan preocupado por su seguridad. Casi podía convencerse a sí misma de que estaba preocupado por ella personalmente y no solo preocupado por cuidar de la amiga de su hermana.

—¿Cuándo crees que será eso?

Él se encogió de hombros. —Dependerá del clima, por supuesto. Si sigue soleado, como está ahora, la nieve puede comenzar a derretirse. Pero si vuelve a nevar...

La culpa la atravesó. —Me disculpo por causarte tantas molestias. Debe ser horrible tener que renunciar a tanto de tu tiempo para entretenerme.

Él la estaba mirando de nuevo de esa manera que hacía que su estómago diera un vuelco. —

Horrible es la última palabra que usaría. Estoy disfrutando conocerte un poco mejor.

Ella negó con la cabeza. —No tienes que ser cortés.

Él exhaló un suspiro frustrado. —No sé qué crees que está pasando aquí, pero no estoy siendo amable por mera cortesía. Disfruto mucho de tu compañía, Millie.

La forma en que dijo su nombre hizo que el calor se extendiera por su cuerpo. Y se dio cuenta de que no iba a sobrevivir a esta aventura sin avergonzarse. ¿Acaso Carlisle ya sabía de su ternura? Seguramente solo se estaba comportando amablemente con ella como un favor a su hermana.

—Puedo ver los engranajes girando dentro de tu cabeza. ¿En qué estás pensando?

Oh, no, ella no iba a admitir que su enamoramiento por él corría el peligro de convertirse —irremediablemente— en algo mucho más profundo. Así que dijo lo primero que se le vino a la mente.

—Probablemente debería ir a escribir esa nota para mis padres después del desayuno. Pero tal vez más tarde, cuando tengas tiempo, ¿podríamos dar un paseo por los jardines? Uno corto, por supuesto. Iría yo sola, pero me temo que aún no soy lo suficientemente valiente como para aventurarme afuera sola en la nieve.

Él iba a ver a través de ella y darse cuenta de que estaba buscando excusas para pasar más tiempo con él. Se preparó para el regreso de su infame ceño fruncido. En su lugar, él sonrió.

—Estaré encantado de escoltarte, Millie.

CAPÍTULO SEIS

MILLIE REDACTÓ SU NOTA, asegurando a sus padres que había llegado sana y salva a casa de Sarah, y que la tormenta de nieve le impedía regresar en el carruaje. No mencionó que ni Sarah ni su madre estaban en la residencia. No tenía sentido preocuparlos innecesariamente.

Después de entregar la nota a un lacayo, se dirigió a la biblioteca. Se detuvo justo en la entrada y contempló las oscuras estanterías que cubrían las paredes, repletas de todo tipo de libros. La sala era acogedora pero elegante, y lo mejor era el fuego encendido en el extremo más alejado. Se acercó al par de sillones colocados en ángulo frente a la chimenea, deteniéndose primero en la estantería que contenía la pequeña colección de novelas. Eligió una al azar y luego se acomodó en uno de los sillones.

No estaba segura de cuánto tiempo había pasado, pero comenzó a sentirse cansada de nuevo. Cerró los ojos, bajó el libro a su regazo y se deleitó con la sensación del cálido fuego calentando su piel.

Se despertó sobresaltada un tiempo después. No había tenido la intención de quedarse dormida, pero una rápida mirada por la ventana a su izquierda le mostró que el sol se había movido a este lado de la casa. Con un suspiro, volvió su atención al libro en su regazo.

Fue entonces cuando notó que Carlisle estaba sentado en el otro sillón, observándola. Había una calidez en su expresión que hizo que su corazón se acelerara.

Se humedeció los labios, y los ojos de él siguieron el movimiento, deteniéndose en su boca unos segundos antes de volver a encontrarse con su mirada.

—¿Logró... —¿Por qué tenía la garganta tan seca?— ¿Logró el mozo entregar mi nota?

Él asintió.

—Tu madre respondió. Están aliviados de que estés a salvo. Enviaron sus buenos deseos a Sarah y a mi madre —Los segundos se estiraron entre ellos, su mirada pesada sobre la de ella. Finalmente, rompió el tenso momento—. No les dijiste que estabas aquí sola conmigo.

Ella negó con la cabeza.

—No quería que se preocuparan. Pero cuando lo sepan, estaré arruinada —De repente, se le ocurrió que esa podría ser la solución a su dilema. Se enderezó en su silla, sonriendo—. Si estoy arruinada, papá no me obligará a casarme con otro.

Él arqueó una ceja.

—¿Prefieres la ruina al matrimonio?

Ella se encogió de hombros.

—Normalmente, no. Pero es preferible a encontrarme comprometida con un desconocido.

Él se reclinó en su silla.

—¿Qué te hace pensar que es un desconocido?

—¿Quién más podría ser? No conozco a nadie que viva cerca que pudiera pedir mi mano. Lo que nos deja con el amigo de papá —Se hundió en su silla, con la mirada fija en la chimenea. Era demasiado deprimente pensar que pronto podría estar casada con alguien que casi tenía la edad de su padre. Quería apartar ese pensamiento de su mente y seguir fingiendo que Carlisle podría llegar a apreciarla lo suficiente como para pedir su mano.

Incluso si estaba siendo ridícula.

—¿Y si fuera alguien que ya conoces?

Ella rio y volvió a mirarlo. ¿Por qué la torturaba con esta línea de preguntas?

—La única persona que conozco que está remotamente cerca de mi edad eres tú, y ambos sabemos que nunca pedirías mi mano.

Esta vez, él alzó ambas cejas.

—¿No lo haría?

—No, por supuesto que no. Tú eres un libertino, y yo soy... —Su voz se apagó—. Ordinaria.

Él frunció el ceño. Ah, sí, este era el vizconde Carlisle que había llegado a conocer recientemente.

—¿Quién te dijo que yo era un libertino?

Ella se sonrojó, dándose cuenta demasiado tarde de que había traicionado la confianza de su amiga.

—Millie, ¿dónde escuchaste que yo era un libertino?

Ella suspiró.

—Sarah me lo dijo. Aunque esto parece ser un desarrollo reciente. Durante el último año, me ha contado innumerables historias de mujeres que has arruinado. Sé que mis padres estarán disgustados al saber que estoy aquí sola contigo, dada tu... *reputación*. Pero no tienes que preocuparte de que nos obliguen a casarnos. No si ya estás pensando en casarte con otra. No te haría eso. Y...

—Millie.

Habló con tanta fuerza que ella se detuvo torpemente. Cerró los ojos, mortificada.

—Lo siento.

—Millie, mírame.

Su voz era suave ahora, casi tierna. Ella abrió los ojos y se encontró con su mirada. Esperaba ver ira, pero en su lugar encontró... ¿exasperación?

—No soy un libertino. No he seducido ni arruinado a nadie.

—Pero... —Oh. Sarah le había mentido. Tal vez porque quería disuadir a Millie de su tonta infatuación con su hermano.

—Parece que mi hermana ha sido muy persuasiva en sus mentiras.

Una suave sonrisa tocó sus labios. Después de todo, por eso había venido aquí. Para obtener el consejo de Sarah, ya que su amiga siempre parecía conseguir lo que quería.

—Me disculpo. Todo esto es mi culpa. Sarah mintió porque... —Bueno, no iba a admitir por qué Sarah había mentido, incluso si era posible que Carlisle ya lo sospechara.

Él se inclinó hacia adelante en su silla, clavándole la mirada.

—¿Por qué crees que mintió?

Ella no podía decir las palabras. Simplemente no podía. Así que le devolvió la pregunta.

—¿Por qué no te has casado aún, Carlisle? Sé que todavía eres un hombre joven, pero si no andas por ahí haciendo... *cosas de libertino*... entonces, ¿qué has estado esperando? ¿No quieres una familia propia?

—Honestamente, he estado esperando el permiso de mi hermana para cortejar a una de sus amigas.

La boca de Millie se abrió de golpe. ¿Qué? No podía haberlo oído correctamente. Sus pensamientos giraban mientras intentaba recordar a todas las mujeres que Sarah consideraba amigas. Ellas dos eran las más cercanas, pero eso era porque habían crecido viviendo muy cerca la una de la otra. Pero seguramente Sarah tenía otras amigas. Carlisle no podía referirse a...

—¿Quién? ¿Y ella te dio su permiso?

Su boca se tensó en una línea dura por un momento.

—No.

Su corazón se hundió, pero sus pensamientos seguían dando vueltas, imaginando todo tipo de imposibilidades.

—¿Qué vas a hacer?

—Ya no me importa lo que ella piense.

Él se puso de pie, y ella esperaba que saliera de la habitación. En su lugar, dio un paso más cerca y extendió sus manos. Ella las tomó sin dudar y le permitió ayudarla a levantarse. La novela cayó al suelo, pero ambos la ignoraron.

Se quedaron así durante varios segundos largos, solo mirándose el uno al otro. Y entonces él bajó la cabeza y la besó.

CAPÍTULO SIETE

CONMOCIÓN.

Esto no podía estar pasando. Carlisle no la estaba besando. Lo que significaba que... ¿había estado hablando de ella? ¿Era ella la mujer a la que quería cortejar?

El beso fue corto, casi casto, pero la había besado en la boca. Y luego se estaba apartando y observándola.

Su mano se movió hacia sus labios, y posiblemente por primera vez en su vida, Millie se quedó sin palabras.

—Creo que sería mejor si te llevo de vuelta a casa de tus padres.

Sus pensamientos aún estaban en el beso y tratando de descifrar lo que le había dicho. —¿En el carruaje?

—No, a caballo. Podemos montar juntos. El viaje de ida y vuelta que hizo el mozo habrá creado un sendero en la nieve. Será más fácil para nosotros dos viajar juntos.

—¿En un solo caballo?

—Sí, Millie.

Ella se tragó su decepción. —¿Podemos dar nuestro paseo por el jardín antes de irnos?

No se dio cuenta de que aún se frotaba el dedo contra el labio inferior hasta que Carlisle levantó la mano y cubrió la suya. Llevó la mano de ella a su boca y depositó un beso en su palma.

—Por supuesto que podemos. —Negó con la cabeza y le soltó la mano—. Debería haberte hablado anoche durante la cena, pero estabas tan angustiada por tu padre. Te pido disculpas si mis acciones te han causado alguna preocupación. Te dejaré ahora, y podemos terminar esta conversación más tarde. —Dejó escapar un suspiro audible y luego se dio la vuelta para irse.

Ella se quedó mirando su figura que se alejaba, y pasaron varios segundos antes de que sus pensamientos confusos encajaran en su lugar.

Carlisle la había besado, y ahora estaba tratando de comportarse honorablemente. Pero la había besado, y cuando ella se había quedado inmóvil, él se había entristecido. Decepcionado.

Pero ella había estado tan sorprendida de que finalmente estaba obteniendo lo que quería: una señal de que este hombre al que admiraba desde hacía tiempo tenía un interés romántico en ella. No era inesperado que una gran parte de ella hubiera tenido miedo de estar imaginando cosas. Pero no podría haber imaginado una escena en la que él estuviera decepcionado porque no creía que ella correspondiera a su afecto.

No podía permitir que se fuera. Corrió tras él y lo alcanzó justo antes de que entrara en su estudio.

Él se movió a un lado del pasillo, y ella se dio cuenta de que esperaba que pasara corriendo junto a él. No, ya no más. Estaba cansada de correr. Pasó junto a él, sí, pero giró a la derecha y abrió la puerta de su estudio. Esperó a que él la siguiera, y cuando lo hizo, cerró la puerta tras ellos.

—Quiero que me hables ahora mismo. No más esperas.

Él asintió, con los ojos serios. —Por supuesto. He pospuesto esto durante demasiado tiempo.

—No estoy segura de lo que está pasando. —Su voz era suave, insegura—. Creo que lo sé, pero... —Se encogió de hombros.

Su boca se torció en una sonrisa rápida. —Estoy seguro de que mi comportamiento ha sido confuso.

—Estás siendo tan amable conmigo, mi lord. Antes pensaba que me odiabas.

—No, Millie. —Volvió a tomar sus manos, como lo había hecho en la biblioteca—. Nunca podría odiarte.

—Pero normalmente eres tan distante conmigo.

Cerró los ojos por un momento y exhaló. —Mi hermana se dio cuenta de que me estaba encariñando demasiado contigo.

Ella frunció el ceño. —Sarah nunca me dijo nada sobre que tú estuvieras encariñado conmigo. De hecho, me dijo lo contrario. Que pensabas que era una molestia.

Él negó con la cabeza. —Pensaba que eras encantadora. Luego cometí el error de preguntarle a Sarah si estarías dispuesta a aceptar mi cortejo.

Su corazón dio un pequeño vuelco. —¿Se lo preguntaste a Sarah y no a mí?

—Eras su amiga. Pensé que era prudente hablar con ella primero; ya sabes cómo puede ser cuando no se sale con la suya. No estaba contenta. Fui lo suficientemente tonto como para creer que solo necesitaba un poco de tiempo para acostumbrarse a la idea.

—En su lugar, me dijo que eras un libertino. Y luego empezaste a evitarme.

—No soy ningún inocente, pero nadie me llamaría nunca libertino.

Ella tiró de sus manos y, después de un segundo, Carlisle la soltó. Se rodeó la cintura con los brazos. —Sarah sabía... Le había dicho que pensaba que eras apuesto. Me acusó de estar enamorada de ti, y yo... —Dejó escapar un suave suspiro—. No pude negarlo.

—Millie...

Ella jadeó y sus manos volaron a su boca. —Es demasiado tarde. Papá quiere que me case con otro.

Una esquina de su boca se inclinó en esa suave sonrisa que ella siempre había encontrado entrañable.

—Yo era el hombre que habló con tu padre. Y no le pedí que simplemente te entregara a mí. Le pedí permiso para cortejarte. Por supuesto que *quiero* casarme contigo, pero la decisión final sobre si aceptarme siempre iba a ser tuya.

Era consciente de que su boca se había abierto, y la cerró con un vergonzoso chasquido. —¿Quieres cortejarme? ¿Casarte conmigo?

Abrumada por la alegría, se lanzó a sus brazos. Él la atrapó y la sostuvo fuertemente contra él.

—Sarah estaba muy disgustada conmigo cuando le dije que iba a hablar con tu padre. —Dejó caer un beso en su cabello—. De ahí que convenciera a Madre de que deberían pasar la Navidad en otro lugar.

Ella le sonrió. —Sarah te perdonará. Aunque pasó el último año tratando de convencerme de que eras un libertino impenitente, siempre fue evidente que te amaba.

—Ahora mismo me preocupa más lo que tú estás pensando. Aunque por la forma en que me estás abrazando, empiezo a pensar que mi búsqueda para hacerte mi esposa podría ser exitosa.

Millie se rio, llenándose de felicidad. —Quiero una segunda oportunidad. —Se estiró de puntillas para acariciar la parte posterior de su cabeza. Solo tuvo éxito porque él se inclinó un poco—. Estaba tan sorprendida cuando me besaste en la biblioteca, que me quedé allí parada. Y luego te fuiste, y me di cuenta de que pensabas que lo había odiado. Pero no fue así. Todo lo contrario.

Él bajó la cabeza hasta que su boca quedó suspendida justo encima de la de ella. —Creo que puedo conceder esa petición.

CAPÍTULO OCHO

LA OLEADA de conciencia que inundó su cuerpo cuando sus labios tocaron los de ella fue la sensación más increíble que jamás había experimentado. Su boca sobre la suya era suave, cálida. Agradable.

Nunca había besado a un hombre antes, pero disfrutaba de todo en la forma en que Carlisle la sostenía. Sus fuertes brazos la presionaban contra su amplio pecho, rodeándola con el calor de su cuerpo. Ella emitió un suave gemido de placer, y él gruñó antes de deslizar su lengua por la comisura de sus labios. No sabía qué instinto la hizo abrir la boca, pero supo que había hecho lo correcto cuando su lengua se adentró.

Debería haberse sorprendido. En cambio, el calor se desplegó dentro de ella, comenzando en su vientre bajo y extendiéndose por todo su cuerpo. Gracias a Dios por esos instintos inconscientes, porque el gemido de Carlisle cuando ella enredó su lengua con la suya le dijo que también lo estaba afectando.

No podría decir si su beso duró un minuto o diez. Solo sabía que estaba perdida en el abrazo de Carlisle y nunca quería irse.

A través de la niebla de sus emociones, se dio cuenta de la dura longitud que presionaba contra su vientre. Sin pensar, extendió la mano para tocarlo allí.

Carlisle apartó su boca de la de ella y maldijo.

La antigua Millie se habría alejado, aterrorizada de haber hecho algo mal. Pero ahora era una nueva mujer. Carlisle había admitido que le gustaba y quería casarse con ella.

—¿Te molesta?

Ella curvó sus dedos alrededor de él, observando cuidadosamente su reacción. El estremecimiento que sacudió su cuerpo le dijo que le gustaba lo que estaba haciendo.

Para su sorpresa, él puso sus manos en sus hombros y dio un paso atrás. Si no la hubiera mantenido en su lugar, se habría presionado contra él nuevamente.

Había estado tan segura de que le gustaba lo que estaba haciendo. —¿No debería haber hecho eso?

Se mordió el labio inferior y vio cómo sus ojos se estrechaban sobre su boca. Había un calor en su mirada que le decía que Carlisle no estaba enojado. No, estaba al borde, y ella quería ver hasta dónde podía empujarlo.

¿Podría hacerlo caer por ese borde?

Nunca había dudado en aceptar su cortejo. Iban a casarse.

—Carlisle —su voz era baja, ronca.

Él gruñó en respuesta y otra lanza de deseo la atravesó. Esto era lo que quería. Este hombre,

su familia como la suya propia.

Este momento.

No quería esperar. No quería que la llevara de vuelta con su padre y la cortejara apropiadamente. Iba a aprovechar este tiempo que tenían para estar juntos.

—Hazme el amor.

Él cerró los ojos y apartó la mirada, con la mandíbula apretada. —Se supone que debo estar cortejándote, no arrebatándote. El cambio en nuestra relación aún es nuevo. Necesitas tiempo para considerar si esto es lo que quieres.

Ella puso sus manos en sus mejillas y guió su rostro de vuelta. —Mi respuesta es sí. No necesito más tiempo. Ya sabía desde hace tiempo que me importabas. Que haría cualquier cosa para que me miraras, me cortejaras. Pero pensé que cualquier posibilidad de que llegaras a quererme era una fantasía.

Su mirada estaba fija en la de ella. —Entonces lo que estás diciendo...

—Estoy diciendo que me sentiría honrada de ser tu esposa. Es un sueño que nunca me permití creer que se haría realidad.

Todo su cuerpo estaba inmóvil, y Millie temió que fuera a comportarse honorablemente y la apartara. En cambio, su cabeza dio vueltas cuando él se movió y la levantó en sus brazos.

Ella enterró su rostro en su hombro y no vio cómo logró abrir la puerta del estudio. Si los sirvientes estaban presenciando su exhibición, no quería saberlo.

Con pasos largos y medidos, devoró la distancia entre su estudio y la habitación de ella en el piso siguiente. No la bajó a sus pies de nuevo hasta que entraron en la habitación. La anticipación la llenó mientras lo observaba cerrar la puerta con llave.

—No necesito que nadie entre aquí corriendo para salvar tu honor.

Ella rió, mareada de felicidad. Por un momento que le detuvo el corazón, se preguntó si era posible que estuviera soñando. Quizás todo lo que había sucedido después de su llegada a la finca de Carlisle había sido un sueño.

Si eso era cierto, nunca quería despertar.

Se quedaron allí por varios segundos, mirándose el uno al otro. Finalmente, su incertidumbre la hizo apresurarse a romper el silencio cargado. —Confío en que tú sabes qué sucede a continuación.

Él sonrió. Cómo amaba su sonrisa. Antes de quedar varada aquí con él, había pasado una eternidad desde que Carlisle realmente la había mirado, y mucho menos le había dado alguna indicación de que era algo más que una molestia para él. Quería estirarse y ronronear, como un gatito disfrutando del calor de su mirada.

—Súbete a la cama.

Se apresuró a hacerlo, incluso cuando el calor coloreó sus mejillas. Pero no porque estuviera avergonzada. No, estaba ansiosa por hacer esto con él. Iban a hacer el amor... ¡y ni siquiera era de noche!

Ella iba a ser la esposa de Carlisle, y harían esto todo el tiempo. O al menos, esperaba que lo hicieran.

Se sentó en el borde de la cama, luego decidió estirarse sobre la colcha.

Entonces se le ocurrió que podría haberse saltado un paso. Tal vez debería haberse quitado el vestido primero. Seguramente se le permitiría dejarse puesta la camisa.

Empezó a incorporarse, pero Carlisle se subió a la cama y se estiró a su lado. Ella se giró para mirarlo.

—No puedo creer que esté aquí contigo —su voz era baja. Ronca—. He querido hacer esto

cada momento desde que te vi sentada en mi sala de estar.

—Y luego me desmayé, pero por la razón equivocada. Odio haber sido una molestia. Si me hubiera quedado en casa y hubiera escuchado lo que papá quería decirme en lugar de interrumpirlo...

Él besó su frente. —Entonces no estarías aquí conmigo. De hecho, dada la tormenta de nieve, no habríamos tenido la oportunidad de hablar el uno con el otro todavía.

Ella frunció el ceño, odiando ese pensamiento.

—No vamos a hacer el amor ahora mismo, Millie.

Ella quería protestar. Había pasado el último año pensando que este hombre la odiaba pero incapaz de ignorar sus crecientes sentimientos por él. Ahora que sabía que él se preocupaba por ella, que quería casarse con ella, no podía soportar la idea de posponer ese glorioso futuro.

Antes de que pudiera decir algo, él la besó. Ella se lanzó a devolverlo, esperando que él se dejara llevar. Pero demasiado pronto se apartó y la miró fijamente.

—Por favor, no te detengas.

Ella deseaba que él se moviera sobre ella, o quizás que empezara a quitarse algo de ropa. En cambio, él se dio la vuelta sobre su espalda. La llevó consigo y ella se encontró tendida sobre su cuerpo.

Frunció el ceño. ¿Por qué estaba encima de él, y completamente vestida? No podían hacer el amor así.

Él le acarició el trasero con las manos.

—No haremos el amor, pero no pienso dejarte insatisfecha.

La movió para que sus piernas rodearan sus caderas, y luego la presionó hacia abajo para que estuviera íntimamente apretada contra su excitación. Él se frotó contra ella.

—Oh —jadeó ella cuando una descarga de placer la recorrió.

Se arqueó hacia él, frotándose contra él con abandono desenfrenado. Su gemido de placer le indicó que él estaba disfrutando tanto como ella.

Unió su boca a la de él y lo besó, incluso mientras su cuerpo perseguía algo que no podía nombrar.

—Vas a acabar conmigo —dijo él contra su boca.

Ella no tenía idea de lo que quería decir con eso, pero si tenía algo que ver con continuar por el camino actual, estaba totalmente a favor.

Sus manos presionaron el cuerpo de ella más firmemente contra el suyo mientras continuaba empujando hacia arriba. Antes de que se diera cuenta de lo que estaba sucediendo, todo su cuerpo se tensó, y luego una ola de placer insoportable la recorrió.

Él la sostenía firmemente contra sí, y un estremecimiento correspondiente sacudió su cuerpo.

—Millie, eres increíble.

La besó de nuevo, pero esta vez la urgencia había desaparecido. Finalmente, después de varios largos minutos de besos lánguidos, se movió hasta que estuvieron de lado otra vez, frente a frente.

Ella se acurrucó contra él, disfrutando de la manera en que la sostenía firmemente contra sí. Se habría quedado dormida así si él no hubiera dejado caer un beso en su sien y hablado.

—Necesito irme. Si me quedo aquí, no podré evitar tomarte por completo.

A ella le encantaba el hecho de que él quisiera comportarse honorablemente, incluso cuando era evidente que eso era lo último que deseaba.

Lo miró.

—Te amo, Carlisle. Lo he hecho durante algún tiempo.

Él le acarició la mejilla.

—Yo también te amo, Millie.

Ella sonrió y lo observó levantarse y cruzar hacia la puerta. En algún momento se había quitado el abrigo, lo que significaba que tenía una buena vista de su trasero. No podía esperar para verlo desnudo.

Él se detuvo y la miró.

—Después de llevarte a casa, iré directamente a la vicaría para pedir que se lean las amonestaciones.

Una risa jubilosa brotó de ella mientras él salía, cerrando la puerta suavemente detrás de él. Supuso que era lo mejor que la nieve le impidiera cabalgar hasta Londres para obtener una licencia especial. La razón para hacerlo no era una conversación que quisiera tener con sus padres.

EPÍLOGO

Nochebuena

LAS TRES SEMANAS anteriores al día de su boda fueron las más largas de la vida de Carlisle.

Con cada día se sentía más molesto por no haber hecho el amor con Millie aquella noche antes de llevarla a casa.

Pero ahora, sentado junto a su esposa en el desayuno de bodas, su paciencia estaba casi al límite. No había muchos invitados—solo los padres de Millie y algunos otros vecinos—pero parecía que nunca se irían.

El evidente placer de Millie mientras charlaba con los invitados, la forma en que le sonreía... No podía encontrar dentro de sí mismo la forma de limitar esa felicidad de ninguna manera.

Así que se forzó a sonreír y no gruñir mientras la primera hora se convertía en la segunda.

Finalmente, después de lo que seguramente fue una eternidad, los invitados comenzaron a despedirse. La madre de Millie abrazó a su hija mientras el Sr. Tyndale le estrechaba la mano. Si los padres de su esposa sospechaban que Millie había pasado tiempo a solas con él, ninguno lo mencionó.

Y entonces el mayordomo cerraba la puerta tras ellos y hacía una discreta salida del vestíbulo.

Ella se giró para mirarlo, con los brazos cruzados sobre el abdomen justo debajo de sus pechos.

Esos mismos pechos lo habían estado distrayendo. No los había explorado aquel día, y la madre de Millie había mantenido una vigilancia constante sobre ellos cuando él hacía sus visitas diarias. Se les permitía salir juntos a pasear, pero el clima frío aseguraba que ella siempre estuviera bien abrigada. Aunque disfrutaba besando a Millie, quería —no, *necesitaba*— hacer mucho más con ella.

Millie dejó escapar un largo suspiro. —Ojalá Sarah y Lady Carlisle hubieran llegado a tiempo para la boda. No puedo imaginar qué las está reteniendo tanto tiempo.—

A Carlisle no le importaba particularmente, pero estaba agradecido por su ausencia. No estaba seguro de que su madre le hubiera permitido llevarse a Millie a su dormitorio hasta que cayera la noche. Y su paciencia con más retrasos había llegado a su fin.

Extendió su mano, y ella puso la suya inmediatamente en la de él.

—Estoy seguro de que se están divirtiendo. Pero ahora mismo tú y yo tenemos un asunto pendiente.—

Sus mejillas se tornaron de un encantador tono rosado. Esta vez iba a explorar hasta dónde

llegaba ese color en su cuerpo.

—Madre tuvo una alarmante conversación conmigo esta mañana. Además de no querer pensar nunca en que ella sepa algo sobre el acto del amor, me hizo creer que la gente civilizada hace esto por la noche.—

Él sonrió. —El comportamiento civilizado está enormemente sobrevalorado.—

Cuando la levantó en sus brazos, ella dejó escapar un pequeño chillido de sorpresa. Le dio un beso en la mandíbula antes de sonreírle. —¿Vas a hacer un hábito de llevarme a tu dormitorio cada día?—

Disfrutaba de la sensación de tenerla en sus brazos mientras se giraba para llevarla a su dormitorio. *Su* dormitorio si él se salía con la suya. —Si es necesario. Estoy pensando al mediodía, a última hora de la tarde, y por supuesto lo primero por la mañana. Aunque ya estarás en mi cama entonces, así que no tendré que llevarte.—

Ella soltó una risita. —Te regañaría por tu comportamiento escandaloso, pero estoy deseando que llegue este momento.—

Se detuvo al pie de las escaleras y la besó. Ella se aferró a él, devolviéndole el beso con igual fervor.

—Santo cielo. ¿No podían haber esperado a que llegáramos?—

Él se puso tenso. Debía haber cometido algo verdaderamente atroz en otra vida para merecer tal castigo. Seguramente nada que hubiera hecho en esta merecía privarlo justo cuando estaba a punto de consumar su matrimonio.

Tuvo que luchar contra el impulso de ignorar a los intrusos y subir las escaleras con su esposa. En su lugar, le dio un beso en la sien, susurrando la palabra *pronto* contra su piel, y luego la depositó en el suelo.

Juntos se volvieron para enfrentar a su madre y su hermana.

Millie corrió hacia las recién llegadas y abrazó a su hermana. Luego hizo una profunda reverencia ante su madre, quien rechazó la formalidad y atrajo a Millie hacia un abrazo.

A su madre siempre le había caído bien Millie, así que debía estar encantada ahora mismo.

—Me alegro tanto de que hayan llegado a tiempo—dijo Millie. —Se perdieron la ceremonia, pero el desayuno aún no se ha retirado.—

Él dejó escapar un suspiro. El brillo en los ojos de su madre le indicaba que sabía exactamente qué le molestaba. Y tal como temía, probablemente iba a acaparar a su esposa el mayor tiempo posible.

Millie regresó a su lado y entrelazó su brazo con el suyo.

Él le sonrió, pero fue un intento poco entusiasta en el mejor de los casos. Fue entonces cuando notó la tercera figura que estaba justo dentro de la puerta. El hombre se acercó al grupo, quitándose el sombrero.

—Carlisle—dijo con un breve asentimiento. —Mi señora.—

—Howell. ¿Qué haces aquí?—

Decir que estaba sorprendido de que este hombre hubiera acompañado a su madre y hermana a casa era quedarse corto.

Sarah soltó una risita. —Oh, Lord Howell estaba visitando a nuestro primo cuando llegamos. —

Para su asombro, ella se movió junto al hombre y enlazó su brazo con el de él. Sarah siempre era entusiasta con sus afectos, pero seguramente su madre debería desalentar tal familiaridad.

Abrió la boca para decirle a Howell que soltara a su hermana cuando su madre dijo: —Sarah y el vizconde Howell están casados.— Bajó la voz cuando añadió: —Por licencia especial.—

Millie jadeó a su lado. Su mandíbula se tensó mientras imaginaba qué podría haber llevado a un giro de acontecimientos tan apresurado. ¿Podría retar a duelo al hombre aunque hubiera hecho lo honorable y se hubiera casado con su hermana?

Sarah le sonrió a su esposo, y la ira de Carlisle se disipó cuando vio la forma en que Howell la miraba. Fuera lo que fuese lo que había pasado entre ellos, reconocía a otro hombre embelesado cuando lo veía.

Sarah se alejó de su nuevo esposo y se acercó a Millie, quien también lo había soltado. Para su fastidio, las dos se dirigieron juntas al comedor.

—Estoy hambrienta— dijo Sarah. —Condujimos toda la noche esperando llegar a tiempo para la boda. Pero te perdono por no haber esperado, ya que yo me casé sin que mi mejor amiga estuviera presente.—

—Tienes que contarme qué pasó. Quiero todos los detalles.—

Él gimió cuando su madre pasó junto a él para unirse a las dos mujeres. —Estamos teniendo la mejor Navidad este año. Tantas bendiciones.—

Howell le dio una palmada en la espalda. —Creo que vamos a tener que trabajar juntos para separarlas y poder tener algo de tiempo a solas con nuestras esposas.—

Él resistió el impulso de golpear al hombre. —Para que quede claro, *no* quiero todos los detalles.—

Howell se rio entre dientes, y Carlisle lo siguió al comedor. Les daría una hora, y después iba a llevarse a Millie aunque tuviera que cargarla.

GRACIAS

Para ver una lista de los libros de Suzanna, visite su sitio web:

https://www.suzannamedeiros.com/

ESCÁNDALOS NAVIDEÑOS

Un Vizconde para Navidad

Un Salteador de Caminos para Navidad

Un Canalla para Navidad

Un Compromiso para Navidad

ENCANTAR UN LORD

Bailando con el duque

Amando al Marqués

Seduciendo al Conde

Encantando al Conde

Mi Enemigo el Duque

Descubriendo al Marqués

El Vizconde Reacio

Reencuentro con el Barón

Cortejando al Conde

Tentando al Vizconde

LA AUTORA

Suzanna Medeiros, autora de bestsellers del USA Today, nació y creció en Toronto, Canadá. Su amor por la palabra escrita la llevó a obtener una licenciatura en Literatura Inglesa en la Universidad de Toronto. Luego obtuvo una licenciatura en Educación antes de decidir dedicarse a su primer amor: la escritura.

Suzanna está casada con su propio héroe y sobrevivió a la crianza de gemelos. Cuando no está escribiendo, le encanta leer, ver ciencia ficción y jugar videojuegos.

Le gustaría agradecer a sus padres por mostrarle que el amor a primera vista y el felices para siempre realmente existen.